

SACAMANTECAS

“Tía la mi tía, la que baila en la rueca, di ¿Dónde tenemos las mantecas? Más adentro que las tripas, más a lo hondo que los hígados, por las entretelas, por los entresijos. Ay bruja que no, ay que no me seques, ni me toques, ni me saques, las mantecas”.

(Tomás Segovia).

Esta historia comienza en la primavera del año 1.870 en la aldea de Eguilaz, cerca de Salvatierra, en los campos perdidos de la llanura alavesa. Lugares conocidos por el dolmen del mismo nombre y por los yacimientos prehistóricos de Olarizu, por eso y porque aquí se encuentra el viejo caserío donde nació, día 16 de octubre de 1.821, Juan Díaz de Garayo Ruiz de Argandoña, Sacamantecas.

Es ésta una primavera especialmente húmeda, llueve sin parar, como si la reserva de agua de estas nubes alavesas fuera inagotable. Juan Díaz de Garayo se ha resguardado del aguacero bajo el resalte del pajar. A sus casi cincuenta años aún conserva una silueta robusta con cierto aire de hombre primitivo, la frente ancha y despejada, medio tapada por la boina negra, con unas arrugas profundas como surcos en la tierra. Una ceja única y prominente sombrea de oscuridad sus ojos hundidos, pequeños e inquietos, casi perdidos en una cabezota grande de gargantúa prehistórico.

Llueve sobre la aldea de Eguilaz con esa lenta cadencia que nos sume a fuerza de monotonía en una tristeza que no sabemos explicar. Hasta parece seguir lloviendo incluso cuando escampa, en esta brisa fría que trae el cierzo, en las goteranas que se descuelgan de las hojas de los frutales y caen al pasto, en la memoria escondida de esta cellisca perpetua. Juan parece contemplar absorto la lluvia sin mayor pensamiento, sin otro empeño que sentir las gotas gordas de esta lluvia infinita caer una tras otra, y otra más, y otra. Visto desde aquí, con prudencial distancia de seguridad, puede parecer un labrador aguardando paciente la escampada, pero si pudiéramos acercarnos un poco más

a su rostro pétreo, a este pedrusco de montaña con ojos de rata, sentiríamos sin duda su jadeo, los latidos secos de un corazón acelerado hasta el paroxismo, estos maxilares que se tensan y destensan como si la angustia se masticara. Si nos adentráramos en el interior de su cerebro, en su sesera laberíntica de pliegues retorcidos yendo y viniendo, encontraríamos entonces otra tormenta, pero ésta interior, relampagueando sacudidas de rencor azuzadas por miles de demonios, y quien alcanzaría entonces a imaginar lo que realmente un hombre sentado en una silla puede estar pensando, si hasta es posible que ni en esta lluvia pertinaz que le empapa las alpargatas haya reparado.

“Ay, cojos y sanos, que sí, que sí, que lo dicen todos en Leiva, que a lo visto han traído de afuera esas máquinas que las dice de vapor las llaman y que las untan de las mantecas que les sacan a los chiguitos, que dice que son más tiernas las de los chiguitos y que se los llevan los hombres de los sacos y los dejan comidos, comidos los dejan a los pobrecitos como las calaveras, que dice que en Miranda se llevaron unos chiguitos en los sacos y les echaron los sebos a las máquinas del ferrocarril, ay cojos y sanos, ¡chiguitos, si no se os vayáis por ahí, que se os lleva el sacamantecas!”

Con aspecto cansado, Juan está sentado en la silla de paja que utilizara antaño su difunta mujer, la Zurrumbona, las manos fuertes abandonadas sin voluntad a la misma altura de las rodillas, las mismas manos fuertes que algún día matarán despacio. Ha decidido pasar esta noche en la ciudad. Desde que murió la Zurrumbona no ha vuelto a acostarse con una mujer y lo necesita imperiosamente, con toda la penuria de un hombre abandonado a su suerte. Con una mano ase la silla por el respaldo y la arrastra hasta la cabaña. En el camino las patas traseras dibujan un sendero alabeado de guijos y húmedas hojas de geranio. Conduce directamente al infierno.

En la ciudad se siente perdido. Deambula por sus calles misteriosas, sucias y mal iluminadas, bebiendo vino barato en las tascas que encuentra al azar. No habla con nadie, ve pasar las mujeres que lo desdeñan con su indiferencia y se siente enormemente solo. Como si el diablo guiara sus pasos, siguiendo el camino de los bares abiertos, Juan termina llegando a una barriada aún más marginal que el resto, con mujeres insinuantes apostadas en las esquinas y una sensación de miradas furtivas en el aire. Una prostituta

desvergonzada se planta ante él, que la vislumbra desde los vapores de su borrachera sin entenderla del todo. La mujer domina el juego de la provocación, lo engatusa con sus burlas, lo reta ante sus compañeras. Juan no es un hombre ocurrente y se deja llevar. Todas ríen chillonas el esperpento. Con la prostituta del brazo, como dos novios estrafalarios caminando hacia un altar maldito, se apartan a una calleja oscura, entran en un portal y suben al primer piso. La habitación huele a desahucio, a sudor y orines, a esperma rancio y a desagüe. Cuando la mujer se da cuenta de que el hombretón se ha bebido todo el dinero de su talega ya es demasiado tarde. Juan Díaz de Garayo cometerá en esta fría noche de 1.870 el primer crimen de una larga lista que lo convertirá en el más temido criminal en la historia negra de la España del siglo XIX.

“Ay, cojos y sanos, que dice que con las mantecas del chiguito le hacían los emplastos al tuberculoso, y que se le bebía la sangre que dice que se lo mandó el curandero que los sebos de chiguito dice que son lo mejor que hay pa curarse el pasmo y que daba pena verlo al chiguito todo chupao, chupao y tiraio ahí en eso que dice que ni los perros se le acercaban”.

No es fácil matar, sobre todo la primera vez. Con el tiempo y el hábito la cuestión se simplifica, perfeccionada la técnica hasta resulta razonablemente sencillo. Pero esta primera vez todo se complica de un modo inesperado. Se golpea al azar, causando más alboroto que daño, la víctima se alerta, crece en la lucha, se multiplica. Incluso esta prostituta enferma, marchitada por la edad y el exceso de los hombres, se defiende con una tenacidad inverosímil, a patadas, a dentelladas, escupiéndole, arañando, clavando fieramente sus uñas ajadas. Es la fuerza de la vida cuando teme perderse, el póstumo aliento que no se entrega. Sacamantecas encuentra al fin la garganta de la mujer y en ella sus manos se encajan como en un guante. La muerte por estrangulamiento es un asunto complicado. Requiere método y paciencia. La dificultad en obstruir las vías respiratorias por completo puede retrasar la asfixia varios minutos. El asesino primerizo tiende a caer en la precipitación, sus manos se acalambran por el esfuerzo y, al acomodarlas en una nueva postura, conceden un instante de tregua a la víctima que respira agónica con un estertor característico. Ante el miedo a fallar no es raro el hecho de atajar la muerte por otras vías, sucias pero expeditivas, matando más

por necesidad que por pericia. Pero Sacamantecas tiene manos de labriego, grandes y fuertes, idóneas para ejercer una presión constante en esta garganta debilitada por el tabaco. La isquemia se apodera poco a poco del cerebro de la mujer, palideciendo su rostro dantesco entre la mueca de pánico y el exceso de maquillaje, amaratando la lengua que sangra desgarrada por sus propios dientes. Con un jadeo interminable, Sacamantecas deja caer el cuerpo exánime de la mujer, que se ofrece en el suelo sin resistencia, abierto y roto. A horcajadas sobre la muerta desnuda, borracho de excitación, taja su vientre blanco con el cuchillo montuno desde las últimas costillas hasta el pubis, en un deseo ciego de seguir matando, en un ansia de herir la propia muerte. Las vísceras aún palpitan calientes cuando con un loco aullido de animal enfebrecido, el hombre eyacula sobre ellas todos los demonios que lleva dentro, sintiendo durante un segundo una liberación, el desahogo de un instante de gloria que ya se ha marchado. Mientras huye asustado del lugar del crimen, se maldice sin saber aún que con esta primera muerte no será bastante.

“...y que lo han visto, que sí, que dicen que lo han visto al bicho ese o lo que sea, ay señor, ten piedad y no nos dejes caer en su maldición. Que dicen que lo vieron al sacamantecas por cerca de la casa de la fuentita, ay señor, y que ocupaba todo el puente piedra de grande que era como el mismo demonio, y que hasta los cochinos chillaban como locos y hacían por escaparse. Ay, cojos y sanos, corre a la casa y no salgas por nada del mundo. Libranos señor, por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa...”

Tras una década de asesinatos impunes, Díaz de Garayo fue al fin apresado, enjuiciado, condenado y colgado de una cuerda hasta morir, en la horca del Polvorín de Vitoria el 11 de Mayo de 1.881. Los médicos forenses dictaminaron que aquel hombre no padecía locura, que era un pervertido plenamente consciente de sus crímenes. Durante todo el tiempo que duró el proceso no dio muestras aparentes de compunción ante lo lesivo de sus actos, no buscó encomiendas ni auxilios y, sin embargo, en la tarde fijada para su ejecución, subido al cadalso, maniatado y encapuchado, sintió tan profundamente la presencia heladora de la muerte que se acercaba, que irrumpió en un lloriqueo asustado, pataleó como un poseso y se ensució los pantalones. Pero el otro, el

auténtico sacamantecas, el miedo atávico que se viste de mil maneras aterrando los sueños infantiles, se immortalizó perturbando las noches en vilo durante generaciones, incluso hasta nuestros días, difuminado en una neblina de leyenda y chiste.

“Ay, duérmete mi niña, duérmete, que en el sueño escondida no podrá verte. Duérmete mi niña, mi amor, mi pequeña luz, duérmete, ay, que no te encuentre, que no te encuentre.”

Iñaki Túrnez